
PEDRO TRIGO



Dos coincidencias

Ambos caraqueños, burgueses, con educación europea, se ocuparon sin embargo, cada uno a su modo, de la Venezuela rural. Liscano organizó en 1948 un festival de música que descubrió a los caraqueños la variedad, la riqueza y la vitalidad del interior, hasta entonces ignorado y tenido por bárbaro por la élite. Creó el Departamento de Folklore del Ministerio de Educación y, además de grabar música por el país profundo, contribuyó con estudios a valorar la creación cultural de nuestra población negra. Uslar, por su parte, dedicó a la Venezuela rural y mestiza lo mejor de su narrativa, tanto casi toda su cuentística, que tal vez constituya su aporte más perdurable, como lo más logrado de su novelística.

Esta presentación en sociedad de ese mundo rural precisamente cuando tomaba impulso el proceso de modernización, que para nosotros fue de urbanización, tiene un indudable mérito, pues no solamente fue volver la vista a lo que el país dejaba atrás sino hacerlo con inmensa simpatía, valorizándolo no retóricamente sino por el hecho de ponerlo en escena,

tanto en el sentido literal como más aún en el simbólico.

Remontar la geografía fue también para ellos remontar el tiempo, en el caso de Uslar, hasta la independencia donde pone emblemáticamente el quiebre de la sociedad criolla señorial y el ascenso del mulato; y, continuando tiempo arriba, hasta el Dorado fantasmal; y en el caso de Liscano, hasta más allá del comienzo histórico, hasta el Nuevo Mundo que es el Orinoco primordial.

En los últimos lustros de sus vidas también coincidieron en ser, aunque por motivos contrapuestos, críticos implacables de la situación nacional. Para Uslar la crítica, monotemática, se centró en que no se sembró el petróleo y así se desaprovechó una oportunidad histórica, por lo que no pudimos acceder plenamente a la modernidad. Liscano lamentó con acordes sibilinos y apocalípticos la unidimensionalización en que yace el país por entregarse a la modernidad, que nos confina en la dimensión de productor-consumidor, impidiéndonos conectar con nuestra interioridad, y, desde ella, con los otros y con el misterio que nos envuelve y funda.

Con poco tiempo de diferencia acaban de partir de nosotros Arturo Uslar Pietri y Juan Liscano. Sus obras y sus vidas merecen ser incluidas entre las Letras y Hombrés de Venezuela. Sirvan estas pocas líneas como homenaje de gratitud.

Dos talentos

A los treinta años Uslar participó ya en el primer gobierno de transición al lado de su amigo Adriani, luego fue el ministro más representativo de Medina y el defensor incansable del esquema de modernidad que propulsó, basado en el desarrollo económico e institucional. Desde esta perspectiva, adversó radicalmente a la democracia que se impuso, cuya palanca se centró en la entrada de las masas, tanto a la escena política (con los partidos de masas y el voto universal) como a la económica (mediante la educación profesional y laboral) y, por tanto, en la intensa movilidad social. Acertó en muchas de sus críticas, y más en las últimas décadas; pero su punto de vista no tomaba en cuenta la realidad humana y social del país y por eso no pudo ofrecer alternativas.

Los venezolanos tenemos que agradecerle su cátedra televisiva de educación, que manejaba un concepto un tanto convencional de cultura, pero que contribuyó a que en el país se hiciera presente esa dimensión y a que la gente llegara a conocer y gustar las producciones artísticas y literarias de la humanidad en el marco de la historia política y social. También su labor periodística fue una verdadera cátedra de venezolanidad por la honradez de sus planteamientos que contribuían a un debate abierto, coincidiera o no uno con ellos.

También le tenemos que agradecer su temprana advertencia de que el petróleo, recurso no renovable, no debía ser dilapidado sino que se lo debía usar como palanca para que arrancara la Venezuela no petrolera, es decir, para que se pusiera en marcha un desarrollo económico autosostenible. El límite de esta visión estriba en un concepto pobre de la función del petróleo, meramente como renta y no como ventaja competitiva para una industria de derivados del petróleo. Sin embargo, la advertencia fue

Homenaje



pág 117
no. 633
abril
2001

saludable y, en contra de su percepción, sí fue tenida en cuenta, por lo menos hasta avanzados los 70, aunque se invirtiera con mayor o menor acierto y el balance global haya sido tal vez negativo.

Nosotros personalmente le estamos agradecidos por *Letras y hombres de Venezuela* que nos ayudó a pensar el país y el destino trágico de no pocos de sus mejores individualidades cuyas virtualidades no pudieron desaguar en el río social. Esta admiración y dolor por el país y sus mejores ciudadanos era muy genuina en el doctor Uslar y de alguna manera nos la legó a muchos otros. Sin embargo, no podemos dejar de reconocer su sesgo elitista que lo llevó a sentar cátedra permanente de notable; pero, por eso mismo, a estar cada día más solo, en una especie de exilio interior, como si no tuvieran nada que decirle sus paisanos de estos treinta últimos años.

Liscano se dedicó con alma y vida a la poesía y desde ella amó y lloró el país. Si Uslar puede ser comparado a un monolito, erguido en su gallarda estatura e impertérrito al paso del tiempo, Liscano fue por el contrario "sentimental, sensible y sensitivo" y por eso un ser vivo, en constante intercambio con el medio y siempre en mutación. Sintió muy vivamente el problema social, descubierto como un desgarrón en su juventud, y, a caballo entre la cultura y la política, participó en los esfuerzos que se hacían por superarlo. Sin embargo, en los años 60 sintió que la militancia guerrillera y el enguerrillamiento político no eran el camino para el país, y lo sostuvo con su pasión proverbial, lo que le trajo el ostracismo de buena parte del medio intelectual comprometido, como se decía en la época. Sin embargo, a diferencia de muchos de ellos, él mismo se sintió personalmente en búsqueda de redención y hambriento de comunión personalizadora.

Liscano leyó en cada época de su vida no sólo ni principalmente a los vene-

zolanos pasados que estaban ya en mármol y bronce, sino también a los más jóvenes que él, incluso a los simplemente jóvenes. Por eso nunca fue un oráculo sino un ser humano palpitante, ávido de amor, y por eso un ser sufriente y con momentos de alegría y plenitud. Se equivocó y acertó, tal vez más esto último, apasionadamente, porque vivió desgranándose en cada coyuntura. Y así unas veces escribió torrencialmente, otras con una contención clásica; a ratos con un corte netamente intimista, otros con ese estilo que convencionalmente se dice telúrico y otros en la onda esotérica.

De Uslar Pietri dijo en su *Panorama de la literatura venezolana actual*: "es sin discusión alguna la figura más brillante de la literatura venezolana contemporánea".

Sirva esta sencilla evocación como homenaje a estos dos venezolanos que con sus aportes enriquecieron la vida de tantos venezolanos y entre ellos mi juventud.

PEDRO TRIGO, S.J.

DIRECTOR DEL CENTRO GUMILLA

FOTOS CORTESÍA DIARIO *EL GLOBO*

